



por Antonio
MERINO MADRID,
Cronista Oficial
de Añora

Poetas en las cruces de Añora

La extraordinaria capacidad de excitación sensorial que posee la Fiesta de la Cruz de Añora no ha pasado desapercibida precisamente para quienes tienen como oficio la búsqueda eterna de la belleza a través de la palabra. Poetas de nuestra tierra y de toda España han acudido a la llamada inapelable de una celebración que contiene altas dosis de seducción y misterio, de emoción y ternura, de verdades e incertidumbres. Vamos a repasar en este artículo algunos de los testimonios que autores destacados de nuestras letras han plasmado en su obra tras visitar las cruces de Añora, entendiendo que la palabra autorizada del poeta concede a este ritual de enigmas la certeza de la transmisión inmemorial, al unirse en un mismo punto la búsqueda y el hallazgo, la pregunta y la respuesta, el caminante y el camino.

En 1999 fueron invitados por la Mancomunidad de Municipios de Los Pedroches algunos de los poetas españoles más relevantes de ese momento para realizar una visita a varios pueblos de la comarca, con el compromiso de plasmar luego unas

impresiones de lo vivido y lo sentido durante su estancia en Los Pedroches que fueron publicadas finalmente en un pequeño librito muy poco difundido. Uno de ellos, el poeta leonés **Antonio Colinas**, natural de una tierra bañada en ritos ancestrales, escribió tras su visita a las Cruces de Añora: *“He visto pocas tierras tan reales, pero, a la vez, en noches mágicas también he visto cómo en portales y plazas se extendían velos de otros mundos, signos de otros mundos, transparencias de sueños imposibles, blancuras nunca vistas. Son los signos y los símbolos de las cruces de Añora: misterio en el misterio”*.

El gaditano **Antonio Hernández**, por su parte, manifestó la sorpresa que le causó la celebración noriega con estas palabras: *“para mí la representación de mayo será ya siempre Añora y sus cruces de granito revestidas de tules y gasas, de muselinas, lentejuelas y papeles en una suerte de artificio espiritual al que le pone un acento la noche con sus luminarias de encendido silencio y las rondallas articulando el dédalo de calles con un fluido musical, río de notas en el que conviven la Virgen de la Peña y San Martín,*

el campo como una despensa a veces reacia a ofrecerse, y toda una crónica de vicisitudes diarias como un periódico nocturno de devociones”.

El poeta salmantino **José Luis Puerto**, impresionado por un ritual cuajado de enigmas, destaca el componente artístico de la elaboración formal y el complejo entramado de significados ocultos que subyacen bajo la fiesta: *“Un blanco cegador, que nos lleva a simbolismos contrapuestos: lo que, de tan claro, ciega (pasión, muerte) y lo que deslumbra, lo que ilumina (salvación). Un juego de contrarios muy barroco, como toda la ornamentación y la puesta en escena de cada una de las cruces”.* Y el cordobés **Antonio Rodríguez Jiménez** resume sus sensaciones en cuatro pinceladas impresionistas: *“Resplandor, blancura a borbotones, perfección celestial, bondad”.*

El burgalés **Ángel Rupérez** se dejó atrapar inicialmente por el poder evocador del fuego que arde delante de cada cruz: *“Me acompañó toda la noche, me persiguió/ el amargo olor de las hogueras en la noche/ y la visión de las encinas quemándose en el fuego/ me hizo concebir lejanamente un paraíso,/ un incierto paraje que se abrió para mí/ con el vago resplandor de una vaga memoria”.* Luego, tras vivir la experiencia transformadora que supone la entrega por primera vez al universo de la fiesta, convirtió su vivencia en melancolía: *“Yo viví una vez, puesto que lo vi y lo recorrí, el espectáculo popular de las cruces de mayo en el pequeño pueblo de Añora (...). La fiesta parecía también una forma oculta pero necesaria de oración. Parecía que rezábamos sin saber que lo hacíamos, y también parecía que celebrábamos misteriosas inocencias volcadas ingenuamente en la llamada de la luz definitiva que un día tendrá que venir”.*

También los autores de nuestra tierra han respondido con hermosos escritos a la sorpresa inconmensurable que significa el encuentro con el misterio de las cruces de Añora. El poeta villaduqueño **Alejandro López Andrada** plasmó, en uno de los artículos que componen su libro *Balcón del valle* (1992), el desconcierto que amenaza a cualquier escritor cuando se enfrenta a la imposible tarea de traducir con palabras las impresiones recibidas en la noche de la velá: *“Hay ocasiones en la vida que suelen faltar las palabras para nombrar acertadamente aquello extraordinario, fuera de lo común, que, de repente, se presenta ante nuestros ojos (...). No existen adjetivos ni sustantivos adecuados para expresar la mágica espiritualidad, la atmósfera sobrenatural, divina, que envuelve a esta fiesta bellísima y peculiar”.*

La poeta pozoalbense **Rafaela Redondo** en su libro *Memoria de las estaciones* (2005) incluye un poema titulado “Que por mayo era, por mayo” en el que, a partir del famoso romance, vincula las cruces de Añora al despertar general de la naturaleza que trae consigo la estación florida y destaca la identidad cultural entre el árbol y la cruz: *“Árbol. Bien venido seas./ De las ramas de abril/ colgadas, nubes blancas/ abren el camino a mayo./ Cantan el ruiseñor y la calandria./ Árbol. Bien venido seas./ Añora, privilegiada./ Y llega./ ¡Huso que el viento deshila!/ ¡Portal de blanca luz!/ ¡Cruz vestida, el alba espera!/ Y llega./ Árbol. Bien venido seas./ Añora, privilegiada./ ¡Cantad, cantemos!”.*



Finalmente, la poeta jarota **Juana Castro** publicó en 2006 un artículo en el diario *Córdoba* en el que comparaba la emoción sentida al contemplar el paisaje natural de los cerezos florecidos en el Valle del Jerte con la experimentada al visitar la blancura resplandeciente de las cruces de Añora: *“Los cerezos del Jerte en la provincia de Cáceres y las cruces de Añora en Los Pedroches -dos tierras, dos paisajes todavía por descubrir-, deslumbran en la primera mirada, en ese primer descubrimiento -da igual que ya los hayas visto, que las vieras el año pasado y el otro y el otro-, deslumbran y hacen enceguecer hasta que los ojos, el cuerpo, el ánimo -que no pueden permanecer en constante estado de éxtasis-, bajan la guardia y acaban pareciendo naturales, cosa normal. El arte imita a la naturaleza o la naturaleza imita al arte. Y en la impresión humana la belleza, la artística y la natural, se dan la mano, se confunden. ¿Por qué extraña asociación -estética, sensorial, sentimental- las ramas blancas de los cerezos se asociaron en mí con las cruces de Añora? La naturaleza es tan prodigiosa que a veces se acerca a lo artificial, y el arte, o la artesanía artística, construye algo cuya esencia le viene dada, por sabida y vivida, desde lo hondo, desde lo ancestral hecho carne y mirada. Cuando se produce el milagro de la asociación-evocación entre naturaleza y arte, arte y naturaleza, es porque los seres humanos hemos recorrido un largo camino, hemos construido lo que parecía imposible, hemos convertido lo particular en universal”.*